

HACIA UNA HISTORIA DEL TURISMO

Por
Luis Lavaur

"C'est quasi le même la lecture de livres des autres siècles que de voyager."
Descartes. "Discurso del Método."

No es menester ser experto en turismo ni en historia para percibir lo mucho que con el objeto de ampliar en profundidad el ámbito de sus pesquisas se han ramificado las ciencias históricas, más inquisitivas y especializadas cada vez. El grado alcanzado por su diversificación halla cumplido reflejo en lo difícil de imaginar un solo hecho social huérfano hoy en día de su historia correspondiente. Disponemos, por ejemplo y a saber, no sólo de historias de la caza y de la pesca, ancestrales actividades que *a posteriori* han hallado moderno acomodo dentro del hospitalario marco del turismo, sino que menesteres de más reciente historial, como la radio, la cinematografía, el periodismo, la publicidad, el alpinismo y el fútbol, y en creciente abundancia, cuentan con sus historias privativas.

En más inmediata tangencia al tema, los ferrocarriles, la aviación, e incluso el viaje en sus formas genéricas e indiferenciadas no están desprovistos de su explicación histórica en forma de libro y una enumeración virtualmente innumerable cabe zanjarla con recordar tan sólo la asiduidad con que la propia Historia, como ciencia o creación del humano intelecto, sigue siendo historiada.

Rudo contraste con esta prodigalidad del saber se registra al transferir la atención al campo estrictamente turístico. Lo evidencia el hecho asombroso y fácilmente constatable de que a estas turísticas alturas aún no sea posible consultar en ninguna biblioteca del mundo una historia de la modalidad digna del calificativo. Anomalía de suficiente bulto para justificar de sobre un perplejo interrogante ¿A qué se debe el que ni siquiera se aprecien síntomas anunciadores de la incorporación de un fenómeno de la edad, dimensiones y trascendencia social del turismo a una relación bibliográfica apenas esbozada?

Un intento de respuesta a tan acuciante pregunta constituye el objeto primordial de la averiguación presente, que, dado el precario estado en que la cuestión se encuentra no podrá pasar más allá de ser un ensayo; en cierto modo, un ensayo de explicar lo, en cierto modo, inexplicable.

INHIBICION DE UNOS ESTUDIOS

Lo primero que saldrá al encuentro de quien por cuenta propia se plantee el interrogante anterior, es la cantidad de tiempo que lleva el turismo paseándose por el mundo sin preocuparse de forjar el instrumento de su propio conocimiento, empresa típicamente histórica en cualquier hecho social que se manifieste en el tiempo.

Entre los pocos que de modo audible han reparado en la circunstancia apuntada, se cuenta un famoso ensayista alemán de nuestros días que con asombro que debería costar mínimo esfuerzo compartir comenta: "Contamos con una historia de los pueblos. Todavía no ha sido escrita la de los hombres; así el turismo, que es cosa puramente humana, aún sin encontrar su explicación histórica" (1).

Como la historia de los hombres, de peor o mejor modo, tiempo ha lleva siendo escrita y reescrita por historiadores de la rama sociológica, preciso será buscar a los responsables del fallo en cuarteles distintos y distantes de los históricos. ¿Qué mejores candidatos al reproche que los noveles e impetuosos Estudios Turísticos, habida cuenta del aparato científico con que operan y el cada vez más dilatado campo que abarcan? Dadas las impresionantes dimensiones alcanzadas por el turismo y su investigación, pasma verificar que la inatención denunciada por el ensayista alemán no haya aún sido reconocida oficialmente por instituciones o disciplinas, cuya denominación genérica, aunque variable en consonancia con los idiomas de los países en los que académicamente se cultivan, induce a suponer han asumido la obligación de estudiar en todas sus facetas y dimensiones el sujeto de su interés.

Más incomprensible cada vez que estos estudios continúen sus averiguaciones en rápida progresión desprovistos de adecuado sopor-

(1) Hans Magnus Enzensberger: "Una teoría del turismo". ("Einzelheiten". Franckfort, 1962).

te histórico, sin preocuparse de sentar, al menos, las bases que sistemáticamente estudien el devenir temporal de la sustancia que en definitiva constituye su razón de ser. Peor aún que su mutismo sobre el particular, que el transcurrir del tiempo densifica, inspire la preocupante sensación de negar a la historia del fenómeno derecho a ocupar lugar alguno en el vasto ámbito de su quehacer, lujo que ni las más abstractas ciencias osan permitirse.

Pero retrocedamos para ir por partes y con máximo cuidado. No vale precipitarse cuando en tan transitadísimos campos como los históricos crea percibirse un calvero. Prudente inquirir previamente si la falta es un espejismo o algo real que subsanar importa. En otras palabras, y apurando la cosa, al no ser fácil imaginar razón suficiente que de modo lógico explique tan señalada ausencia, mejor preguntarse si no obedecerá a que de nada sirve corregirla.

NECESIDAD DE UNA HISTORIA DEL TURISMO

A diferencia de lo que sucede al aplicarla a las ciencias positivas, nadie ha sabido encontrar respuesta satisfactoria a la pregunta referida a las humanísticas. Para escapar del *impase* siempre cabe el recurso de salirse por la tangente y repetir lo que de la poesía dijo Jean Cocteau: "No hay duda de que es indispensable aunque no se sepa exactamente para qué".

Afortunadamente, la superior tangibilidad del turismo permite comprometerse a bastante más y eludir menos. Glosándole al poeta su *boutade*, puede ser arguido en defensa de una Historia del Turismo que es tanta la importancia que para tantos países revisten hoy sus efectos, que es más que indispensable contar con un instrumento que de modo racional explique los antecedentes de un arrollador fenómeno, que como todos los auténticamente sociales, no pudo producirse de repente.

El valor del alegato, como el de todos los históricos, no pasa de ser relativo. Lo cierto es que siempre podría negársele categoría a semejante historia en función de *magistra vitae*, responsabilidad que los clásicos, a partir de Cicerón, adscribieron a la Historia con mayúscula, o bien discutírsela con base a aquella "présidence mentale de l'avenir", que en un romántico arrebató de optimismo la adjudi-

có en 1844 el sociólogo Comte. No menos cierto que la integral y totalitaria noción que asigna a la Historia la misión de arrebatarle al pasado las llaves del futuro, aspiración cara al positivismo del XIX, anda hoy desvanecida y merecidamente de capa caída por culpa de la humanísima tendencia a tropezar múltiples veces con un mismo aduán. Los conceptos sobre ella vigentes prefieren acercarse al de Seignobos, que la calificó como "la ciencia de las cosas que no ocurren más que una vez", que Paúl Valéry —siempre original— repite al etiquetarla como "la ciencia de lo irrepitable" (2).

En consecuencia, si débiles son las razones teóricas que preconizan la necesidad de una Historia del Turismo y —no lo olvidemos— la de cualquier otra materia, otras hay por empíricas de contundencia mayor. Emplaza una de ellas a la misma Historia a subsanar sus propias inhibiciones y como necesidad expone esta obligación el patriarca de nuestros historiadores modernos:

"Es necesidad actual de la Historia el aplicarse a remediar toda clase de descuidos y parcialismos anteriores, descubriendo y trayendo a luz aquellas zonas de la vida pretérita que están olvidadas por no caer bajo el ángulo visual de los intereses historiográficos despiertos en otros tiempos, zonas cuya iluminación proyecta reflejos del pasado sobre el porvenir" (3).

Otro exhorto, de más utilitario perfil, lo suscribe un teorista contemporáneo del saber histórico argumentado de la siguiente manera:

"Hoy en todas o en casi todas las ramas del saber estudiamos Historia. Las historias especializadas, construidas desde el punto de vista de cada disciplina, participan hoy en mayor medida en el auge de la historiografía. Empezaron siendo un ornato, y hoy son partes necesarias de cada disciplina, por lo menos en las ciencias sociales y humanas" (4).

Por imposición de su materia esencial, eminentemente sociales y humanos habrán de ser en última instancia los estudios que aspiran

(2) Sobre este naufragio de optimismo flota como almadía esperanzadora una opinión de Ortega y Gasset: "La historia no da normas de lo que se puede hacer, pero enseña a evitar lo que no hay que hacer" ("La Historia como sistema").

(3) R. Menéndez Pidal: "Los Españoles en su Historia" (Madrid, 1947).

(4) J. A. Maravall: "Teoría del saber histórico" (Madrid, 1958).

a abarcar al turismo en toda su polivalente plenitud. De lo que parece deducirse que mientras adolezcan del poco contenido humano que actualmente distingue a los más prominentes y ambiciosos que hoy se elaboran, no hay duda de que la colaboración de investigaciones históricas sobre el tema, con su mera presencia, y como por ósmosis ambiental, les inyectarían las vitaminas históricas precisas para insuflarles el palpito humano indispensable para realzar tanto escuálido esqueleto expositivo confeccionado *in vitro* y a palo seco, a base de econometría a ultranza. Un tanto de fundamento histórico enriquecería no poco la credibilidad de las calicatas del siempre incierto futuro, o de sus proyecciones, como en matemática parla llaman los economistas a sus pronósticos, que ayunas de perspectiva temporal tal demacradas y desnutridas a veces se muestran.

Dijo Teilhard de Chardin que “nada es comprensible más que por su historia” y a varias clases de cuestión pertenecen las que la historia de toda disciplina ayuda a resolver a quienes laboran por sus más abstractas vertientes. Improbable deje de suministrar al científico o experto datos que de una u otra manera afectarán a su investigación, bien proporcionándole superior amplitud de visión al precisarle el alcance y originalidad de los métodos que emplea, o bien sensibilizándole acerca de la dirección y limitaciones de sus trabajos, o, en su defecto, advirtiéndole de la relatividad con que deben ser examinadas la mayoría de cosas, que, por modernos que sean sus ropajes, milagro será no tengan antecedentes en el tiempo.

Facilita un vislumbre del tipo de percepciones que una historia específica del turismo puede suscitar en el ánimo de quienes en sus manifestaciones numéricas lo analizan, si imaginamos al especialista o experto qué regla de cálculo en mano sopesa *in mente* los efectos de una “flexión coyuntural”, traducida al castellano vulgar, el bajón estadístico que al decrecer acusa el flujo turístico que normalmente empuja con su visita el saldo de la balanza de pagos del país visitado. A este hipotético analista, nada menguado servicio le prestaría el manejo de una historia de la especialidad si le indujera a pensar si en sus modernas manifestaciones se muestra el turismo más o menos sensible que el del pasado a guerras (o al miedo de que se produzcan), a epidemias, a crisis económicas en los países de origen o mala prensa sobre el de destino, que todo contó en épocas en que las penurias de metal acuñable revistieron efectos parecidos a las

crisis energéticas de nuestros días. En cualquier caso, preguntas todas pertenecientes a la prolífica familia de las que el simple hecho de ser planteadas dilata grandemente el horizonte mental de quien se las plantea.

Pero aun en el supuesto de que por problemáticas se descarten las ventajas que como instrumento pragmático de conocimiento pudiera una Historia del Turismo reportar a la propia actividad, ingredientes culturales de sobra enriquecen al turismo para poder transferir el interrogante de su utilidad a otros nobles dominios del saber. A título de ensayo, y sin compromiso ¿qué impide replantear la cuestión volviéndola del revés? Si distan de ser evidentes los auxilios que una Historia del Turismo puede prestar a los Estudios Turísticos ¿por qué no pensar en el servicio que estudios turísticos orientados hacia lo histórico podrían prestar a otras disciplinas? Por ejemplo, y nada menos, a la Historia de la Civilización, eventualidad que por su magnitud incluso como hipótesis merece explorarla con cierto detenimiento.

UTILIDAD DE UNA HISTORIA DEL TURISMO

Supongamos que no es incorrecto pensar como pienso, que toda solicitud formulada para ingresar en los dominios de un saber, ha de venir respaldada por la utilidad que al mismo saber proporcione. Trasladada la cuestión al campo histórico se legitima por sí misma la obligación que con razón a toda nueva especialidad histórica se le impone de aportar nuevos elementos que contribuyan al fin común de entre todas pergeñar una imagen más certera del pasado.

Se observará que el postulado enunciado confunde en el buen sentido del verbo confundir lo necesario con lo útil. Para aceptarlo como bueno bastará contrastarlo con la realidad, contemplando analíticamente y con moderna pupila la pléyade de elementos constitutivos de entidad tan compleja y mutable como un área cultural. Si se le dota de sentido histórico a la visión de lo actual, justamente en lo turístico se localizará una laguna que obtura la visión del conjunto; una laguna, que al contrario de las de verdad, desaparece tan pronto se la explora.

No se trata de un espejismo intelectual hijo de una atención de-

masiado insistente sobre un punto fijo. No. Demuestran la realidad del vacío denunciado los vertiginosos cambios culturales y socio-económicos que ante nuestra vista ha provocado el turismo. Son mutaciones que por su trascendencia deberían interpretarse como recordatorio y estímulo para volver la vista atrás y escrutinizar ciertas parcelas del pretérito, en eclipse casi total, reexaminándolas a la luz de un acontecimiento capaz en potencia de desencadenar conmociones de tamaña naturaleza, que algunas hubo de producir, incluso cuando forzosamente se registró con intensidad menor a la actual.

Dada por supuesta la interacción del turismo en algunas facetas de la vida colectiva del pasado ¿cabe dudar de la asistencia que al moderno historiador, alerta a las fluctuaciones sociológicas del humano devenir, le prestaría como ciencia auxiliar una Historia del Turismo, bien vertebrada y conformada, manejable en suma?

Si en razón de escuela es misión subsidiaria o principal, pero siempre decisiva, la que atribuye a la Historia la función de aproximarnos a la plenitud de intelección de los virajes sociales, culturales y hasta demográficos, producidos en el seno de sociedades instaladas en áreas geográficas determinadas o en determinadas áreas culturales ¿cabe poner en tela de juicio los fecundos aportes que una del tipo propuesto proporcionaría a una Historia de la Cultura, especialmente de la occidental? A una ciencia no madura y definida con exceso ¿de nada le serviría tener a mano una compilación articulada que en largometraje desplegara ante su vista las cambiantes imágenes que unos pueblos se forjaron de otros, más o menos vecinos, a través de intercambios viajeros?

Al aludir un contumaz viajero romántico a quienes casi en exclusiva viajaron en una de las horas más antiturísticas del pasado europeo aseguró: "Il n'y avait point de pélerin qui ne revînt dans son village avec quelque préjugé de moins et quelque idée de plus" (5). En dos vertientes, como todas las grandes generalizaciones, se desdobra la aseveración. Pues bien; tomémosla por su exergo o lado peor. Conocida la pertinaz longevidad de los estereotipos *inter nationes* ¿no le interesaría al sociólogo enriquecer su biblioteca con una obra que desde fechas previas a la difusión universal del libro le identificaran a los autores y deseminadores principales de las grandes *idées*

(5) R. de Chateaubriand: "Génie du Christianisme" (1802).

de plus" que tanto enturbiaron las ideas de unos pueblos sobre los otros? Por contra ¿no linda con lo imperdonable dejar históricamente inertes el acopio de reveladores informes que acerca de los comportamientos colectivos del pasado yacen inoperantes por falta de un análisis sistemático de la acción del turismo en el tiempo como revulsivo social?

Tendría menos de novedoso de lo que parece la materialización del estudio propuesto. Ilustres antecedentes encontraría en el notorio fervor con que los pensadores de la antigüedad clásica, y predicando con el ejemplo, encomiaron la trascendencia educativa, a nivel personal, de viajes emprendidos con tal designio. Un principio claramente percibido por las mentes más despiertas de la viajera Inglaterra del tiempo de Cervantes, conscientes de la imposibilidad de mantener a la mente inmune a los efectos de vivir inmersos por cierto tiempo en formas de vida distintas a las usuales *at home*, consideración que les indujo a extraer del viaje *motu proprio*, y personal, consecuencias idénticas a las que hoy se atribuyen al turismo moderno.

Brillantemente las puso de manifiesto en su celeberrimo ensayo "Of Travel" (1612) un pensador, poco andariego de por sí, pero estrechamente conectado con la filosofía del viaje entendido como distracción y acto cultural. Trasluce las ideas que albergó sobre el tema que en la autárquica y modélica "Nueva Atlántida" que en su obra póstuma concibió, la única clase de comercio exterior a que dio cabida fue el llevado a cabo por un singular tipo de excursionista. Y que turista le llamaríamos hoy, se desprende de la explicación facilitada por un ciudadano de aquel filosófico paraíso insular:

"Tenemos doce personas que viajan por países extranjeros, para traernos libros, ideas ("abstracts") y muestras de experimentos de otras partes. Los llamamos "Merchants of Light" (6).

No pudo ser más diáfano el sentido de la misión asignada a aquella docena de "Mercaderes de Luz", miembros del organismo rector de la edénica isla. Ante la imaginación inglesa del barroco, empapada de ansias viajeras, encarnaban simbólicamente una egregia forma de turismo, de seguro muy distinta y mucho mejor que la que Bacon tendría ocasión de presenciar al intentar depurarla con su velada cen-

(6) Sir Roger Bacon : "The New Atlantis" (1624).

sura. Pero de todas formas, un tipo de turismo que cualquier practicante de las clasificaciones viajeras calificaría de cultural sin el menor titubeo. Un turismo protagonizado por una especie de exploradores que tras recorrer por algún tiempo tierras extrañas, se reintegraban a la suya propia enriquecidos por el contacto personal con otras lenguas, leyes, costumbres e industrias. A más altos niveles intelectuales, y más modestos niveles numéricos, desempeñando idéntica función a la ejercida, no por docenas, como en la "Nueva Atlántida", sino por centenares y millares de viajeros, que de modo no por inintencional menos disimilar al esbozado por el pensador inglés, llevan centurias distanciándose por algún tiempo y por capricho de su residencia habitual.

EL TURISMO COMO "EON" CULTURAL

En el brillante marco de este tipo de turismo ¡Qué cómodamente caben las andanzas europeas de Erasmo, Vives, Thomas Hobbes (7), Montesquieu, Gibbon y las de tantos otros, pese a la desatención que sus desplazamientos han merecido comparada a la prestada a sus obras respectivas! Si ante la estimación crítica escapa viajaramente mejor librado don Miguel de Montaigne, débese a la insistencia con que el propio interesado subrayó la estrecha interdependencia entre sus viajes —viaje sería más correcto— y sus escritos. A partir de la tardía publicación de su "Journal de Voyage" (1774) no destinado a ser publicado, pasó a ser lugar común el evidentísimo reflejo que en la evolución del primer ensayista imprimió el *tour* netamente turístico que por Suiza, Italia y Alemania realizó en 1580, hasta el punto de erigir a la fecha como divisoria radical entre el pensamiento que informa los dos primeros volúmenes de sus "Essais", y el tercero, redactado al regreso de su excitante excursión.

Similar impacto aprecian los críticos en la ingente obra de Goethe de resultados de su "Italienische Reise" en 1786, confesado asimismo por el viajero en la segunda parte de sus "Memorias". Goethe llega a considerarlo como el camino de redención estética que le liberó

(7) El autor del "Leviathan" gustaba repetir que los años más felices de su vida los vivió acompañando en calidad de "tutor" a jóvenes ingleses de visita turística por el continente.

de su "enorme pasión y enfermedad" (se refiere a su juvenil sarampión romántico) y no vacila en confesar que antes de aquel episodio, dos años escasos de viaje por Italia, su vida y su obra fueron erróneas; oscuros delirios en búsqueda absurda de ideas titánicas y fantasmagóricas.

Hay circunstancias en las que el influjo de los viajes turísticos se ejercen con parecida intensidad tanto en la obra de autores viajeros como en la de los sedentarios. Todo está en función del peso específico del turismo en el clima social de una sociedad concreta. En alguna otra ocasión llamé la atención sobre el dato, pleno de sentido, escondido en el hecho de que tantas obras de Shakespeare estén escenificadas, y tan bien, en atrayentes ciudades de "l'alta Italia", precisamente en aquellas en que por si las ergástulas casi en exclusiva visitaron los turistas anglicanos, poco amigos de crearse complicaciones asomándose a dominios no tan tolerantes y dados al *laissez passer* como los de la Signoria veneciana. No puede darse de más explícito modo esta particularidad que en el "Volpone" (1606) de Ben Jonson, compadre y amigo del autor del "Otello" y de "El Mercader de Venecia", obra en la que como personajes destacados figuran "Peregrine" y "Sir Politick", dos turistas ingleses que como si tal cosa se encuentran al principio de la comedia en la Piazza di San Marco.

Si trasladamos la atención a las historias de las artes figurativas, veremos proliferar en ellas estudios orientados a subrayar al máximo la trascendencia que para la evolución artística revistió el viaje a Italia de multitud de artistas no italianos. Forman legión los entendidos, que a expensas de la originalidad, no tienen más remedio que repetirse unos a otros al asegurar la imposibilidad de interpretar correctamente la obra de artistas como Durero, Velázquez, Poussin, Berruete o Iñigo Jones, el introductor de la arquitectura renacentista en Inglaterra, sin un viaje, por mucho tiempo, y para el gremio, punto menos que *de rigueur* (8).

(8) Pero, ¡atención! Imperativo que toda Historia del Turismo respete sus propios límites sin convertirse en un indiscriminado cajón de sastre viejo. Por tratarse de peripecias individuales, al margen de ella deben quedar giros de Italia como los de Cervantes y Goya, aunque para su creación artística fuera la experiencia tan decisiva como con razón sostienen los analistas de sus obras. En ambos casos, la motivación del viaje radicó en la escapatoria de dos jóvenes atolondrados interesados en distanciarse del brazo de la justicia de su país.

Sin embargo, y por versar acerca de personalidades cimeras, los ejemplos aportados padecen el inconveniente de dificultar la identificación de los sujetos agentes de las más fecundas resultantes del binomio turismo-cultura (9).

En estas magnas mutaciones del gusto más dignos de tener en cuenta que los viajes de descollantes personajes en las nóminas de la cultura universal los de la anónima masa integrante del turismo, propensa en grado sumo a servir de vehículo propagador en sus lugares de origen de culturas y de ajenas costumbres (que cultura son) cuando precisamente conocerlas *de visu* fue el móvil determinante en sus desplazamientos.

Y no sólo *de visu* —¡oído al parche lingüistas!— sino que de oído también. Tentadores correlatos yacen inéditos en la mecánica inyectora de vocablos comunes en países muy visitados, en el habla de sus más conspicuos visitantes, ámbito en el que el tímpano detecta suficientes sincronías para dar pábulo a sospechar la acción subrepticia de una ley. Sirva de bien cosido botón de muestra la convicción con que los lexicógrafos ingleses vinculan el trasplante al idioma inglés del término *picturesque*, de gran consumo turístico, con ciertas cartas escritas por el poeta Thomas Gray durante su viaje por Italia en 1740, viaje en el que lo *pittoresco*, como si-guen diciendo por allá, tuvo que estar a la orden del día. Al por mayor, pero en sentido inverso, podriase acaso descubrir operando a la misma ley en la arrolladora intromisión del sufijo anglosajón *ing* en la terminología universal del viaje, coincidiendo con la preponderancia aplastante con que el turismo anglosajón anduvo por el mundo inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial.

Indebido menospreciar otros efectos de las andanzas turísticas atendida la función cardinal que desempeñaron en la circulación de toda suerte de mercancías culturales, a veces en la importación de modas y modos de la estirpe más utilitaria y banal. Como el uso del tenedor, descubierta en Venecia, según dicen, por dos turistas, Lesaige y Coryat, francés el uno y otro inglés; en la misma ciudad,

(9) ¿No es un tanto excesivo, por ejemplo, erigir a los abstrusos tratados estéticos de Lessing y Winckelmann como fautores del injerto neoclásico en la sensualidad del rococó? ¿No sería justo aliviarles un tanto de responsabilidad cargándola en la matemática coincidencia, a mediados del XVIII, entre el inicio de las excavaciones en Herculano y Pompeya y la fase de auge y esplendor del "Grand Tour"?

por cierto, en la que por las mismas fechas, principios del XVII, en los paladares europeos se introdujo el gusto por el café, procedente de Turquía, expedido en establecimientos que en las costumbres europeas introducirían, a su vez, una nueva forma de relación social.

ACCION HISTORICA DEL TURISMO

La insuficiencia de estudios adecuados sobre las grandes corrientes turísticas en el ayer, mantiene ignorados los influjos que a través de corrientes viajeras ejerció el turismo en estratos sociales de alto nivel decisorio; pongamos por caso, en suceso de la excepcional trascendencia de la occidentalización de la alta sociedad rusa en el pasado siglo.

Cierto que como factor actuante involucrase, a veces, en el proceso, el estrepitoso par de *tours* europeos de Pedro I, que es historia a secas y un tanto distante, mientras no despiertan comentario alguno los realizados bastante después por la aristocracia y la burguesía rusa que imitaron el ejemplo del formidable zar, que ya es turismo. Lo curioso es que se trató de viajeros que siguieron los pasos de los que merecieron certero pronóstico por parte del autor de la guía turística más difundida por la Europa de fines del XVIII, quien vaticinó: "A présent les Seigneurs Russes sont grands voyageurs, et c'est à leurs voyages que ce vaste empire est redevable de ses premiers progrès" (10).

Nada quita y nada pone que en los "Ecos de Sociedad" y en la literatura de la segunda mitad del XIX imprimieran huella las fastuosas extravagancias de aquel adinerado contingente eslavo que tanto se hizo notar en los *resorts* europeos *à la mode*. Lo que se dejó de hacer es cuantificar la innegable efectividad con que estos europeizados turistas contribuyeron al fermento ideológico que salido de madre estalló en forma de revolución que pulverizó los cimientos de la Rusia de los últimos zares, materia en nada ajena a una Historia del Turismo de altos vuelos.

Podría cifrarse otro posible objetivo para el historiador del turismo, esta vez en el orden institucional de la propia actividad, discernir la causa por la que terminada la primera Guerra Mundial,

(10) Hans Ottokar Reichard: «Guide des Voyageurs en Europe» Weimar, 1793).

en un centro de Europa asolado y fragmentado políticamente por la conflagración, se registrara un fenómeno que no se dio en más propicias circunstancias, en plena *belle époque* turística; esto es, la instauración fulminante en varios nuevos estados, y en breve lapso temporal, de organismos oficiales dedicados al fomento del turismo receptor.

En un plano rigurosamente histórico, y de despojarle al episodio de su turística connotación ¿cómo explicar convincentemente la inesperada facilidad con que se llevó a cabo la *Anschluss* germano-austriaca, que hasta que las cosas adoptaron catastróficos carices en los frentes de batalla, tan íntimamente mantuvo fundidos los destinos de Austria con los del III Reich? Lo insólito del suceso se normaliza al escuchar a los historiadores austriacos que puntualizan que si los *panzer* de la *Wehrmacht* hitleriana pudieron ocupar el país natal de su Führer, sin necesidad de disparar un solo tiro, el portento se debió, en gran parte, a que cuatro años antes el gobierno alemán allanó el terreno para lo que sería un cómodo paseo militar, por medio de un decreto, leído de lejos, inocuo en apariencia, que en décadas de crisis económica generalizada impuso la exorbitante tasa de 1.000 nuevos y robustos marcos como precio del imprescindible visado consular para visitar Austria. Aquel *Tausendmarksperr*e, o la muralla de los mil marcos, como con agrio humor y haciendo de tripas corazón, bautizaron los austriacos el golpe atroz que una Alemania súbitamente afluyente asestó a su precaria economía, no cabe duda que de entre influyentes segmentos de la sociedad austriaca generó las atmósferas de presión necesarias para minar la voluntad de resistencia de sus autoridades civiles y militares para oponerse a la invasión; justamente el propósito perseguido por la antiturística disposición alemana.

Los expuestos, y muchos otros posibles de imaginar, son episodios que debidamente entrelazados y transformados en hecho histórico se prestan a nutrir la elaboración de esos grandes conjuntos estructurales que como meta suprema postula la historiografía de última hora.

EL TESTIMONIO DE LAS GUIAS VIAJERAS

Volvamos a dar más que por supuesta la inexistencia actual de tratados históricos generales sobre el turismo para calibrar las po-

sibilidades con que se cuenta para su confección. Para empezar, no es poco el que no escaseen materiales de construcción. En primer lugar, las guías, casi turísticas por definición, que cuentan con anti-quísimo historial también pendiente de ser escrito.

En función de fuentes históricas, las más antiguas desempeñan idéntico papel que en arqueología el examen de los cimientos que sostuvieron edificios desaparecidos; el mismo que las grandes osamentas petrificadas permiten al paleontólogo reconstruir el cuerpo entero de una especie extinta.

A partir del XVII las guías turísticas son lo suficientemente explícitas para configurar por sí mismas los perfiles del tipo de turismo para el que fueron editadas. Limitando la mención a algunas de las que mejor conozco "Le guide fidelle des Etrangers dans le voyage en France" (París 1672), "Le Guide de Londres pour les estrangers dedié & Offert Aux Voyageurs Allemand & François" (Londres 1693) y el "Séjour de Paris, c'est á dire, Instructions Fidèles pour les Voiageurs de Condition" (Leiden 1713), redactadas por un francés, un italiano y un alemán, respectivamente, ostentan títulos suficientemente elocuentes de los propósitos perseguidos con su edición y las veces que fueron reeditadas patentizan la oportunidad con que fueron impresas.

Hay momentos en que el simple hecho de que se editaran guías en abundancia, como dato supera en valor a cualquier otro que pudiera extraerse de su texto. Aclara considerablemente los sombríos colores turísticos con que, por lo general, se contempla la época napoleónica el asombroso número de guías turísticas impresas en Francia y Alemania sobre Italia y Suiza, que contrasta con el hecho de sobra explicable de por sí de no publicarse ni una sola acerca de España e Inglaterra.

Procede tener presente, asimismo, que a diferencia de los libros de viajes las guías turísticas de verdad no acostumbran arriesgarse al pésimo negocio editorial de pretender abrir nuevos caminos a los turistas. Se limitan a tratar de facilitarle con información el tránsito abierto por los que les precedieron. Por esta razón, las ediciones sucesivas de las guías Murray y Baedeker del pasado siglo, y su tirada, sirven de módulo para calcular la densidad de tráfico turístico hacia los países sobre los que estos "vademecum" versan.

DE OTRAS FUENTES Y DE SU ALUMBRAMIENTO

Otro insustituible instrumento para el conocimiento del ayer del turismo, apenas puesto en servicio, yace inoperante en forma de diarios viajeros en los fondos de las grandes bibliotecas europeas, públicas y privadas. Los integra un formidable acopio de información de primera mano apenas desflorado por la investigación erudita por medio de catalogaciones, como las de Foulché-Delbosc y Farinelli, en lo que a España se refiere, o bien utilizándolo para extraerles alguna cita que infunda algún toque de autenticidad en datos que constan en trabajos históricos que inciden en el turismo de refilón.

Elocuente atisbo del alto potencial latente en estos semiinexplorados yacimientos proporcionan los pocos ampliamente explorados. Por ejemplo, el por tanto tiempo olvidado *Tagebuch* de la excursión que como buen turista realizó en compañía de su mujer Alberto Durero por los Países Bajos en 1521, el *Diary* de John Evelyn que relata su viaje por Italia en 1644, no publicado hasta 1818, y mejor que ninguno, el *Journal de Voyage* de Montaigne, que hurgando por la boardilla de un viejo castillo descubrió, en 1770, un abate que andaba escribiendo una historia del Perigord. Recuerda de modo ominoso la vulnerabilidad de estos irremplazables materiales que publicado en 1774, desapareciera para siempre el precioso original del "Journal" durante el saqueo de la Biblioteca Real (hoy Nacional) de París, durante la Revolución Francesa.

En su rama española, a la misma manuscrita familia de tesoros por largo tiempo ignorados pertenecen las "Andanças é Viajes" que por buena parte de Europa y del próximo Oriente realizó a mediados del XV del turista. Pero Tafur, descubierto en una biblioteca universitaria salmantina y publicado por vez primera en 1874. De la riquísima biblioteca vallisoletana del conde Gondomar, procede el manuscrito del ameno y semiimaginario "Viaje de Turquía" (1577) del doctor Laguna (mejor que de Villalón) conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, texto pletórico de noticias sobre lo que pudo dar de sí el turismo español renacentista por Italia, impreso en 1905 por vez primera. Indice todos ellos que en relación del poco explorado campo de donde proceden, podrían ser considerados nada más que como la diminuta cúspide del magno iceberg del viaje tu-

rístico del ayer, que paulatinamente emerge a la luz del conocimiento moderno.

Pisándoles los talones a los diarios viene la masa de libros de viajes, los relatos que de sus vivencias viajeras publicaron sus protagonistas en forma de libro, sin cuya ayuda aún sabríamos menos de lo que sabemos acerca del pasado del turismo. Encendido homenaje les rinde un historiador español distinguido por la fecunda destreza con que en sus tareas históricas ha tomado en préstamo los informes de los antiguos visitantes extranjeros de España. A título de agradecido parroquiano emite certero diagnóstico de la valía histórica de estas noticias en términos de relevancia singular:

"Los testimonios de los viajeros coinciden con los de los historiadores, porque el que viene a recorrer un país, por lo común, escribe lo que le cuentan los ojos y los oídos con la fidelidad esquemática y dinámica de las fotografías instantáneas. Es cierto que el viajero, es, a veces, apasionado en sentido hiperbólico o depresivo. Parece que la mayoría adquieren al trasponer el Pirineo unos cristales de color de rosa o unas gafas negras. Pero detrás de los colores arbitrarios casi siempre es fácil descubrir una verdad muy ingenua y sin protocolos, y si algún día tuviera tiempo para ello, escribiría un ensayo acerca de la Historia vista por los viajeros, en el que se podría demostrar cómo, con frecuencia, el hilo sutil de la verdad se rastrea mejor en estos documentos que en las fuentes engoladas y teatrales de la documentación oficial" (11).

Sin embargo, el uso de estos textos en una Historia del Turismo exige dos tipos de precaución derivados de su naturaleza. Uno, el que sus autores raramente correspondieran a la subespecie turística por el simple hecho de haber emprendido el viaje que narran imponiéndose la obligación de relatarlo. La circunstancia, si bien les enaltece ante la consideración del historiador general, tiende en gran medida a descalificarlos para ponernos en contacto directo con la materia prima de la Historia del Turismo. Es norma que la mayoría de estos textos carezcan del excepcional valor que atesoran las de momento escasas introspecciones sobre el turismo del ayer tan incisivas y accesibles al mismo tiempo como las de Pedro Tafur, turista de pro, o como las de Montaigne.

(11) Gregorio Marañón: "Nuestro siglo XVIII y las Academias" ("Vida e Historia". Col. Austral, núm. 185).

Mucho más útiles que los libros de viajes nutridos por descripciones de curiosidades y monumentos resultan otros, poco abundantes, impresos por algunos viajeros para aviso y escarmiento de ulteriores cofrades de la ruta, movidos por una noble comezón que les impulsó a dejar constancia impresa de sus experiencias. El género abunda en el XVII y primera mitad el XVIII y su utilidad depende de averiguar el influjo que ejercieron, y conocer si su difusión les dotó con una masa lectora de consideración.

A este grupo pertenece, por ejemplo, el difundido relato de un comandante inglés, estacionado en Gibraltar que, en 1774, recorrió de punta a punta España y Portugal, desde el Peñón a El Ferrol, pasando por Madrid y Lisboa. Advirtió en el prefacio de su libro que su narración sería árida y aburrida como una carretera española, "pero servirá para mostrar lo retrasada que, respecto al resto de Europa, se halla esta nación en cuanto a progreso y facilidades para el viaje" (12).

Baldía tarea la de discutir la rectitud de los informes personales del mayor Dalrymple acerca de las condiciones viajeras de la España de su tiempo, que coinciden con las de otros viajeros de la época. Su importancia radica en su función disuasoria para desanimar la visita a nuestro país a sus numerosos lectores.

Trabajando con el material impreso, de momento disponible, forzoso será recurrir en pos de información interna a testimonios en el fondo indirectos. A textos que padecen la tara implícita en el simple hecho de haber sido escritos. A obras no redactadas por el anónimo practicante del turismo, la herramienta de trabajo histórico que interesaría de verdad.

Por tanto, el *modus operandi* de las fuentes impresas queda sometido a la exigibilidad de que la utilidad historiográfica de la mayoría de estas obras queda circunscrita a servirnos de medio para aproximarnos a una realidad; jamás para sustituirla.

No obstante, y en principio, todo buen relato viajero, debidamente manipulado, se presta a destilar la áurea pepita del dato relevante escondido en resmas y más resmas de piritá manuscrita. Ex-

(12) Major William Dalrymple: "Travels through Spain and Portugal in 1774" (Londres, 1777).

cepcional rango informativo reviste la especie recogida por Montaigne en el balneario de Lucca, de labios de un anciano vecino del lugar:

“Los habitantes de la Marca Ancona —transcribe Montaigne no poco perplejo— prefieren hacer sus votos en Santiago y los de Galicia en nuestra señora de Loreto; en Lieja tiene en gran estima los baños de Lucca y en Toscana los de Spa” (13).

Valiosas noticias proporciona el mismo autor sobre la marcha al informarnos en su “Journal” que “Venecia está llena de extranjeros”, y luego que “Roma de visitantes franceses”, noticias comparables a las que sir John Evelyn consigna en su “Diary”, por ejemplo, cuando en septiembre de 1644 menciona, sin darle al hecho más importancia que la que tuvo, que en el hotel “Lyon d’Or”, de la rue de Flandre, de Lyon, se encuentra con varios conocidos que, como él, se dirigen a Italia.

Equivale en el siglo siguiente a un informe estadístico el comentario “dont Rome est toujours remplie”, que el presidente de Brosses stampa en 1739 en sus “Lettres d’Italie”, al hablar de los turistas ingleses que ve en la Ciudad Eterna, y en los “Diarios” de viaje de Chateaubriand y Washington Irving en 1805 (el año de Austerlitz y Trafalgar) nada más aprovechable que el número de turistas ingleses, americanos y hasta rusos con que ambos viajeros tropiezan por Italia; cantidad indefinida, y nada extraordinaria en sí misma, pero sorprendente en fechas tan rabiosamente adversas al viaje placentero.

Ricos testimonios sobre el particular fluyen a veces de fuentes, aunque marginales a la actividad, situadas en posición privilegiada para observarla. Como los que inserta en su obra el más íntimo biógrafo de San Ignacio de Loyola, al referir que hartado el santo de los escrutinios y encierros inquisitoriales que padeció en Alcalá y en Salamanca, en el invierno de 1527 decidió trasladar su matrícula y su persona a la Universidad de París. Transcribiendo informes dictados por su biografiado, el puntual biógrafo nos participa ciertos datos sobre el viaje de Salamanca a París, gracias a los que sabemos que “se parte sólo, camino de Barcelona, llevando un asnillo delante, cargado de libros”. Párrafos más abajo nos enteramos que ya en París, San Ignacio “íbese cada año a Flandes, donde entre los mercaderes, ricos

(13) M. de Montaigne: “Essais”. Libro II, cap. XVI.

españoles que trataban en las ciudades de Brujas y Amberes, recogía tanta limosna, con que podría pasar pobremente un año de vida, y el tercero pasó también a Inglaterra, para buscar en Londres esta limosna, y hallóla con más abundancia”.

Episodios individuales los referidos en la vida de un viajero por accidente y excepción; noticias que a lo sumo denotan notable dinamismo en un tullido de la edad del santo estudiante, pero exentas de relación alguna con el turismo. La cosa cambia cuando entre la información del desplazamiento desde el Tormes al Sena, el biógrafo interpola un dato de primera mano, y de aplicación general, exponente de las condiciones viajeras prevalentes aquel invierno de 1527-28 por el sur de Francia:

“Llegado a Barcelona, y tratando su negocio y camino con sus conocidos y devotos, todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada a París. Poníanle delante el frío muy áspero que hacía, por ser en medio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que había entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por esta causa estaba lleno el camino, contándole muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habían ejecutado contra los caminantes” (14).

Sometida la información a tratamiento histórico, o sea, contrastada con otras complementarias, lleva a la inferencia de que, en efecto, preciso era tener madera de santo, amén de cierta vocación de mártir, para en 1528 emprender viaje de Barcelona a París, aunque por Flandes e Inglaterra pudiera viajar por las mismas fechas sin más sinsabores que los previsibles en decenios impropios para entregarse al placer de viajar por el gusto de viajar.

NOTICIARIO EPISTOLAR

Nada insólito tropezar fuera de los libros con útiles noticias acerca del tema en la correspondencia privada de personas situadas en postura adecuada para comentar los desplazamientos de sus contemporáneos. Inapreciable testimonio, por ejemplo, sobre el viaje romántico español consigna en carta particular, fechada en noviembre de 1842, el Embajador de los Estados Unidos en Madrid:

(14) Pedro de Rivadeneira: “Vida de San Ignacio de Loyola”. Libro I, cap. XVI y Libro II, cap. I.

"Mi presente residencia —escribe Washington Irving nada menos— está muy alegre gracias al regreso de unos jóvenes viajeros de su "tour" por Andalucía, muy satisfechos si no fuera porque no han sido desvalijados. Parecen más bien desilusionados ya que un encuentro con bandoleros viene a ser esencial al interés romántico de un "tour" por España."

Obvio el significado de la ironía del viejo Embajador, eminente autoridad en materia de turismo romántico por Andalucía. Significa que especie tan prominente en la mentalidad viajera de la época, como los bandidos andaluces, en la realidad no pasó de ser una especie de tópico entre turistas, quienes por fortuna para ellos, y especialmente a contar desde la fundación de la eficaz Guardia Civil (1844), raramente tropezaron con ellos fuera de las páginas de sus guías y libros de viajes por España, de donde cierto es que tardaron más de la cuenta en desaparecer.

El distingo nos lleva de la mano ante la paradoja de que a efectos históricos casi invariablemente revista superior interés informativo el dato consignado en la correspondencia viajera de los grandes autores, que el que se puede destilar de sus obras de pura creación. Compárese desde este escéptico punto de vista las repulidas y celebradas "Lettres d'un Voyageur" (1836), de George Sand, con otras menos literarias, hijas de la misma pluma, no destinadas a ser publicadas. En las cartas genuinas máxima suculencia enriquece las noticias que sobre sus viajes suministra la redactora al autoretratarse, y sin proponérselo, que es lo bueno, como encarnación típica y moliente del gremio turístico, y relatar incidencias y observaciones sobre un acto, al que con buen acuerdo la autora no otorga trascendencia especial.

En la circunstancia apuntada radica el insuperable valor testimonial que sobre el viajar de sus épocas respectivas atesoran los obesos volúmenes editados con la correspondencia de Cicerón, Petrarca, Erasmo, Horace Walpole, Byron, Shelley, Chateaubriand, Stendhal, Víctor Hugo y Mérimée, a falta de otras menos personales y más articuladas, fuentes insoslayables e irremplazables hoy por hoy para la elaboración de una Historia del Turismo (15).

(15) Proporciona idea del volumen adquirido por algunas compilaciones epistolares de estos grandes grafómanos, y cualificados viajeros, la impresionante ringlera de tomos azules publicados por la Universidad de Oxford, "Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami" (1906-47), predestinados a quedar encogidos ante las 7.000 cartas de Horace Walpole que almacenarán los cincuenta gruesos volúmenes en curso de publicación por la Universidad de Yale.

CRITICA DE LAS FUENTES

Al compilar y evaluar rancios relatos de lo que otros creyeron ver al andar, utilísimo curarse de errores en salud aplicando a la labor la admonición de Renan, "de ce qu'une chose est écrite, il ne se suit pas qu'elle soit vraie". Mucho mejor si se la complementa con otra anterior, ésta de Montesquieu, que previene, "il'y a de choses que tout le monde dit parce qu'elles ont été dites une fois". Posiblemente un par de sonoras perogrulladas ambas, pero que como sucede en todo entrecomillado, propensas a sonar de maravilla si figuran citadas en idioma original y suscritas por dos autores extranjeros de prestigio.

Excelentes advertencias, de todas formas, sobre todo si perfeccionadas con otras dos de particular cosecha, basadas en el sentido común, que parafrasean las transcritas. Una que aproximadamente venga a decir que del que no se haya escrito sobre una cosa no se desprende su inexistencia, y la otra, dicha también en memoria del turismo, que recuerde el mucho tiempo que pudieron suceder cosas sin comentar, por la simple razón de que a nadie se le ocurrió mentarlas.

Con referencia a las mentadas y comentadas en letra manuscrita o impresa, y en aras de la realidad que presentan, es preciso examinarlas extirpando cualquier sentimiento reverencial que inspire un texto, por antiguo que sea. Al compulsarlo para ver la información que se deja extraer, nunca se olvide lo normal, por frecuente, que relatos viajeros se contradigan sobre un mismo tópico. Sin contar con prejuicios y gustos personales del informante, los juicios y visiones de países ajenos varían según normas y costumbres vigentes en el país del observador. Cada época aplicó su escala de valores en la selección del conjunto de rasgos que integran la fisionomía de cada país visto al pasar y cada viajero contó de la feria viajera según le fue en ella y hasta en razón de la forma en que a ella acudió. Es lo que hablando por experiencia propia quiere Oliver Goldsmith dar a entender al comentar con ironía:

"Los países se visten de diferente apariencia según las distintas circunstancias viajeras. Un hombre transportado por Europa como una exhalación, en silla de posta, formará muy distintas conclusiones que el peregrino que recorre a pie el 'Grand Tour'."

Opinión de peso por provenir de quien en su juventud, a salto de mata y sin un chelín por lo general, tocando la flauta y dando lecciones de inglés, amén que algún que otro sablazo monetario contra bolsillos de más pudientes compatriotas viajeros, pudo en 1756 obsequiarse con un succulento "tour" europeo, y en 1764 obsequiar a la literatura inglesa con "The Traveller", uno de los poemas en que el turismo se erige en sujeto de lírica inspiración.

Escribió un lógico que "ni la contradicción es señal de falsedad como no lo es la incontradicción". Nada más inexacto pensar que la verdad, histórica sobre todo, sólo tiene un camino, cuando múltiples son las sendas que hacia ella conducen. De lo que se desprende que más nociva aún que la disparidad contra la que nos alerta Goldsmith, la libresca unanimidad de ciertos datos de incierta inverosimilitud contra la que previene Montesquieu.

No es común que los viajeros presuman de infalibles, al menos por escrito. Vaya ello en su descargo. Pero imposible impedir que en género literario en el que nunca hubo veda para el plagio, que cuanto más bizarra la noticia mayores probabilidades corriera de ser copiada. Y a nada que se reprodujo, mal pudo escapar de finalizar su recorrido por los textos ungida con la patina de autoridad que cualquier novedad, corroborada por sucesivos refrendos, acaba por revestir.

Pudo, por algunos caminos españoles, ser cierta la extrema penuria alimentaria de las ventas del Siglo de Oro, de las que sólo suministraron al viandante duro lecho y algo de lumbre cuando el frío arreció. No todas tan inhóspitas de seguro para justificar que con talante de artículo de fe la dificultad de obtener un trozo de pan y una rebanada de queso a través del francés de Luis XIV anidara en el refranero europeo con permanente vigencia (16).

Vituperio en parte contradicho por la descripción de pantagruélicos banquetes servidos a los trajinantes en la quijotescas ventas que

(16) Consta una lúcida y sucinta explicación de una anomalía frecuentemente nada más que circunstancial en los comentarios del duque de Maura a la Segunda Carta de Mme. d'Aulnoy, feroz denigradora de los hospedajes hispánicos. Atribuye el investigador tamaña deficiencia hospitalaria a una desafortunada medida fiscal sobre artículos de consumo promulgada por los últimos monarcas de la Casa de Austria, que en algunas posadas, rurales sobre todo, tuvo como consecuencia negarse a expedir al viajero comestibles gravados por exorbitante *sisas* estatales y municipales. Duque de Maura: "Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la condesa de d'Aulnoy" (Madrid, 1946).

sur le vif pergeñó la pluma de la máxima autoridad en turismo español por carretera del tiempo. El denuesto contra las posadas hispanas, antes de deglutirlo como recibo, requiere ser aliñado con algunos granos de crítica. Es preciso relacionar el dato con tiempos, los de Cervantes, y lugares, el resto de la Europa caminera, en los que nada tuvo en común que viajeros de rango y posibles contribuiran al subdesarrollo de las cocinas de las posadas europeas al estimar aconsejable desplazarse portando en sus carrozas sus propias vituallas y vajillas.

Sin trascender el tema hotelero, y con el asombro de rigor, fijémonos en el detalle de que en tantos textos extranjeros tantas ventas españolas de la segunda mitad del XVIII figuren explotadas por gitanos. Si la noticia respondiera a una realidad, importantísimo saberlo de buena tinta, tanto en favor de la historia de nuestro turismo como para la de los gitanos, no carentes de las suyas, dicho sea de paso y con cierta envidia pasajera y circunstancial. Investigando la cosa se descubre que no hubiera pasado a mayores de no ser porque el primero que la dijo, el llamado marqués de Langle, poco ducho evidentemente en distinguir a un hispano cetrino de un calé, la dijo en un libro de viajes muy reeditado, al hablar largo y tendido de gitanos bajo el epígrafe de "Posadas" (17). Cuando, como de costumbre, la especie adquirió categoría de indiscutible fue cuando, asimismo, como de costumbre, o sea, sin molestarse en citar la fuente, repitieron la observación otros viajeros que redactaron sus impresiones demasiado fija su vista en otras ajenas.

Unanidades de esta clase deben inspirar sospechas. Son coyunturas en la que deja de actuar el principio lógico de que cuanto mayor sea el número de los términos de la comparación más correcto el resultado, pues todo depende de la corrección de los términos que se comparen. Cuando los españoles del tiempo, como el abate Ponz, excepto en algunos descampados del sureste español, no repararon en singularidad de tamaño bulto, no en vano taxativamente prohibida por la legislación anti-calé de la época, lo aconsejable es repudiar el dato por inexacto; pese a lo reiterado de su aparición en textos por otra parte posiblemente valiosos y respetables.

(17) Jean Marie Fleuriot: "Voyage en Espagne par M. le Marquis de Langle" (Saint-Malo, 1784).

No es preciso abandonar el campo de la literatura turística para escarmentar en reputación ajena de los riesgos dimanantes en prohibir noticias sin el debido contraste. Imaginemos por un momento lo mucho que muchos turistas ingleses pudieron reírse en Sevilla de la pomposa erudición de Chateaubriand, al leer, en el que para ellos punto menos que indispensable "Hand-Book", de Richard Ford, una malintencionada cita extraída de "El Congreso de Viena", obra de altas pretensiones histórico-políticas, en la que el famoso vizconde afirma con su aplomo característico: "Christophe Colomb, après avoir découvert un monde, òrt en paix á Seville, dans la chapelle des rois".

En buena ley la risa debería corresponder a cierto involuntario ramalazo profético de su paisano el Barón de Bourgoing, cuyo "Voyage" (18), sitúa efectivamente en la regia capilla de la Catedral sevillana los restos del descubridor genovés, a la sazón en la isla de Santo Domingo, al otro lado del Atlántico. Por tanto, no es aventurado colegir que de obra manejadísima por Chateaubriand fue de donde éste extrajo un dato espúreo, que dio pie para que le pusiera en evidencia un inglés que, por serlo, no debió tenerle demasiada simpatía.

Al amigo de descubrir los turbios hontanares de donde manan los recalcitrantes estereotipos turísticos que empañan la imagen de unos países en la conciencia de otros, vasto campo exploratorio le presentan las guías turísticas y libros de viajes extranjeros sobre España, publicados aproximadamente desde 1825 a 1925. Mucho mejor que en sesudos tratados de inferior difusión lectora podrá alumbrar en estos textos redactados al sonsonete pegadizo y trasnochado del exotismo orientalista infuso en el turismo romántico la raíz de una grave distorsión de los perfiles de nuestro país en pupilas extrañas. En sus páginas localizará las fuentes de la espesa maurofilia que con la cooperación de los turistas islamizó hasta el delirio rasgos fundamentales del ser y del parecer de España, elementos, por fundamentales (las corridas de toros y los patios andaluces del barroco, por ejemplo), asépticos de huellas de la ocupación musulmana, cuyas supervivencias, fuera de algunos detalles arquitectónicos, es lógico que los reconquistadores consiguieran borrarlas atendido el brío que dedicaron a la empresa de erradicarlos.

Hay, en cambio, descollantes episodios viajeros que a efectos his-

(18) Jean François de Bourgoing: "Nouveau voyage en Espagne" (París, 1783).

tóricos los invalida su escasa representatividad. Un par escogido entre los más archicommentados servirán de exponente de cómo no deben ser interpretados ciertos actos individuales, por verídicos que sean y eminentes sus protagonistas.

Por obra y gracia de la literatura con inmerecidos honores ha ingresado en escalafón inadecuado para inusitadas incidencias personales la memorable ascensión del Petrarca al monte Ventoux, el Olimpo provenzal, el 26 de abril de 1336. Pudo considerarse en su tiempo como genial un pasatiempo más desacostumbrado entonces que cuando los romanos trepaban por capricho al Etna y al Vesubio. Pero no tanto que al evocarlo en los nuestros con los ojos en blanco justifique se roce peligrosamente el plagio a Burckhardt, el primero que en su "Historia de Cultura del Renacimiento en Italia" puso por encima de las nubes de la originalidad la excursión del Petrarca. Que es justamente en el riesgo en que incurre Ortega y Gasset cuando rebasando al historiador suizo se remonta por encima de las cumbres de la hipérbole al adjudicar al poeta montañero un título a todas luces inapropiado: "Es el primer turista, el primer alpinista —exclama deslumbrado el metafísico madrileño— sube al monte Ventoux nada más que por ver un paisaje" (19).

Pasando por alto la serie de razones que abonan la suposición de que el verdadero motivo de la subida del Petrarca fue para, en impecable latín, contársela al padre Dionigi con toda clase de detalles en una de las (epístolas) "Familiares", que imitando hasta en este detalle a su modelo Cicerón, el presunto alpinista sabía serían leídas con avidez en los más refinados cenáculos de Italia, carece igualmente de significado alguno a efectos turísticos que Stendhal, a sus diecisiete años de edad, y enrolado en la intendencia del ejército napoleónico, en fechas y circunstancias tan aturísticas como la primavera de 1800, divisara por vez primera la Italia de sus románticos ensueños, al trasponer los Alpes a lomos de mula por el gran San Bernardo.

La efemérides, como la bicha escocesa del Loch Ness, es de las que de modo recurrente y aparatoso gusta asomar en escritos turísticos de histórica pretensión, debido, sin duda, el epopéyico tono con que la experiencia figura narrada en varias obras del protagonista.

Indiscutible el interés literario de un episodio estupendamente des-

(19) J. Ortega y Gasset: "Vives-Goethe" (Obras Completas. Tomo IX, pág. 533).

crita en primera persona por quien lo protagonizó, y nada digamos, pues dicho está todo sobre el particular, del valor que encierra como dato para la biografía del viajero. Pero a despecho de la buena intención de sus modernos exégetas, es nulo su valor informativo para explicarnos la forma, propósitos y estado anímico de las intrépidas y anónimas colectividades turísticas, que sin relación alguna con ejércitos invasores de verdad, franquearon los Alpes por su cuenta y por el mismo lugar, por cierto, décadas antes y después de que el futuro autor de las "Memorias de un Turista" cruzara por aquéllos en épocas menos anormales bastante transitados parajes.

Personalizaciones del tipo de las exhibidas en relación con las montañas, ampliables a cualquier otra incidencia viajera de bulto, tienen el inconveniente historiográfico de usurpar su puesto a menos resplandecientes noticias, cuya plural opacidad les permitiría explicar mejor lo que tales digresiones, por su eximia naturaleza, están incapacitadas para explicar.

ESTADO ACTUAL DE LA HISTORIOGRAFIA DEL TURISMO

Tácitas o explícitas, hoy por hoy en tres posturas esenciales pueden agruparse las que por el momento adoptan publicistas y tratadistas de todo género que inciden ante el problema de una Historia del Turismo como posibilidad.

A saber; la inhibista de los historiadores profesionales, la eufórica mente ineficaz de quienes líricamente y al galope dan en la flor de rozar el tema de modo ocasional con el designio de encapsular toda su historia en un par de cuartillas redactadas a vuelapluma, y, por último la actitud abiertamente negativa prevalente entre especialistas del ramo, que laboran vuelta la espalda al pasado del fenómeno, el mejor modo de eludir el problema de su historicidad, de no ser cuando momentáneamente ladean la mirada de sus gráficas para fijar de modo dogmático los inicios del turismo, perentoria e inapelablemente, en un simbólico par de decimonónicos carriles ferroviarios, sustentáculo de un *nec plus ultra* que arredra al más pintado.

EL SILENCIO DE LOS HISTORIADORES

En 1958, y en el ensayo "Una teoría del Turismo" ya citado, Enzensberger, su autor, formula un acuciante interrogante aún sin contestar:

"En el curso de sus ciento cincuenta años de existencia —exclama atónito el pensador alemán— el turismo no ha logrado llamar la atención de los historiadores. Su historia todavía no ha sido escrita."

Cierto. Sin que invalide su recriminación lo discutible del cómputo en que la apoya. Tan cierto como que el transcurso del tiempo incrementa la sinrazón de que a ningún historiador de pura cepa, pluma en mano y reflexivamente, se le haya ocurrido aproximarse a Clío, la musa menos sedentaria de las nueve, para cogerla del brazo y pasearse en su compañía por los predios turísticos del ayer.

Como no pudo menos de suceder, hubo historiadores de reputa que incidieron en el tema, pero sin consecuencias ulteriores de nota justamente debido a lo incidental del contacto. En cuantas ocasiones superaron su reticencia habitual lo hicieron de modo oblicuo, para mejor ilustrar algunas de sus tareas respaldándolas con vivencias testimoniales suscritas por turistas de gran viso, como Pausanias, Petrarca, Froissart, Comminges, Erasmo, Rabelais, Montaigne, Gibbon, Montesquieu y tantos otros de buena pluma y reluciente vitola. El dato que les sonsacaron lo manipularon con mentalidad ajena a su significado viajero, sin ir más allá de extraer de la obra de estos ilustres viajeros lo estrictamente preciso para sus fines particulares, sin preocuparse en profundizar para ver lo que genéricamente pudo dar de sí, y evaluada en visión de conjunto, la actividad practicada por sus informantes.

Puede que la frívola connotación que entre ideólogos y sesudos varones disfruta el concepto englobado dentro del término turismo sea pésima tarjeta de presentación para codearlo con temas graves y de altos vuelos. Lo fútil del escrúpulo, y la falta de sustancia de tales impedimentos hace más de un siglo los puso brillantemente de manifiesto la relevante excepción a la regla que con su ejemplo sentó el profesor de filología de la Universidad de Koenisberg, Ludwig Friedländer (1824-1909), al publicar en 1862 el primer tomo de su

monumental "Historia de las costumbres en el Imperio Romano". En las 106 páginas de escueto y documentado texto que integran el capítulo titulado (y así como suena) "Los Viajes de los Turistas" ("Die Reisen der Touristen"), el eminente historiador se sumerge por entre la rica literatura romana para reemerger cargado de esclarecedores informes directos sobre las entretelas turísticas del mundo clásico.

Titánico esfuerzo desarrollado sin concesiones a la retórica y a lo conjetural, practicado dentro de la más depurada técnica investigadora típica de la historiografía alemana del XIX. Resonante clarín de atención carente de ecos a su alto nivel. Sus efectos quedaron reducidos al toque de rebato para que publicistas de menos resuello penetraran a saco en su obra para lucrarse con la suculenta cantera de noticias que el concienzudo historiador facilita a golpe de cita, todas fácilmente verificables, extraídas de textos coetáneos y en relación directa con el turismo romano de los siglos II y III.

Un valioso estudio sobre el viaje del pasado de recientísima aparición se distingue de muchos otros que sobre el mismo tema le precedieron por el cálido homenaje de gratitud que rinde su autor a la "Geschichte" de Friedländer al ser su nombre y el de su historia los únicos que entre las muchas fuentes que utiliza menciona en el Prefacio (20). Digno de nota que la tanto en título como en extensión tercera parte de su obra la dedique a los "Tourists and Touring in Roman times", materia desarrollada con brillante contundencia y firmeza. Como síntoma, esperanzador y de publicación oportuna. ¿Será un destello iluminando por un instante una antigua cerrazón o el anuncio de otras claridades por llegar? El tiempo lo dirá.

Mientras tanto, significa una toma de posición más fecunda y generosa ante el pretérito del turismo que la tampoco hace mucho adoptada por un sociólogo alemán en la segunda de las tres partes en que divide su obra, dedicada a esbozar un bosquejo histórico del turismo de ciertas pretensiones y longitud, pero escaso en profundidad y anchura. Arranca bruscamente y sin previo aviso con el "Grand Tour" británico, y el énfasis histórico que pone en el acontecer turístico de lo sucedido por territorios de habla alemana durante el siglo XX, hasta la segunda guerra mundial, contrasta con el pasar como

(20) Lionel Casson: "Travel in the Ancient World" (Londres, 1974). 384 pág. con notas e ilustraciones.

por sobre ascuas por cuanto aconteció antes del XIX, apoyándose en los estudios históricos que sobre los "Auslandsreise" de los siglos XVII y XVIII por lo que dice publicados en 1953 por el historiador Wilhelm Treue, que desconozco y mucho me gustaría conocer (21).

Sombart es otro de los autores que nutren los criterios de herr Knebel sobre el pasado del turismo. Justifica la elección hasta cierto punto la sensibilidad que como por instinto exteriorizó el gran sociólogo hacia la historicidad del turismo. Pero Sombart no pudo superar la carencia en su tiempo de estudios serios sobre el tema, y la exangüe bibliografía que maneja es culpable de las graves inexactitudes en que incurre. Sirva de muestra la por desgracia supervaloración turística del adusto y difícilmente accesible Madrid del siglo XVII, capital a la que regala con 400.000 habitantes que ni el fervor edilicio de Carlos III pudo evitar no los alcanzara hasta Amadeo I.

Es curioso que la villa por su modestia indigna de 1601 a 1606 de alojar la majestad de Felipe III, que por esos años trasladó la capitalidad de sus reinos a la catedralicia y universitaria Valladolid, hasta que por lo menos contara Madrid con una Plaza Mayor decente y espaciosa, diseñada por la pluma de Sombart aparezca dibujada con la buena facha siguiente:

"Lo que Roma y Venecia fueron en los siglos XV y XVI, fue Madrid en el siglo XVII. Dijérase que Madrid, como Roma, era entonces la gran ciudad moderna, que recibió numerosísimos visitantes que acudieron a divertirse. Madrid era denominada 'la noble hospedería de los extranjeros'" (22).

Rutilante estampa turística del Madrid de Quevedo, Velázquez y Mme. d'Aulnoy. Pero —¡ay dolor!— expuesta a quedar desarzonada de su pedestal al primer embate de cualquier historia turística de España o Madrid, el día en que exista semejante cosa.

De vuelta al ámbito de los historiadores puros, fecunda demostración en el marco monográfico de las posibilidades latentes en el tema la establecida en Inglaterra por un grupo de auténticos historiadores que con límpida probidad investigadora han historiado algo

(21) Hans J. Knebel: "Sociología del Turismo". (Stuttgart, 1960. Utilizo la versión española. Barcelona, 1974.)

(22) Werner Sombart: "Lujo y Capitalismo". (1912) 1.^a versión española. "Revista de Occidente" 1928. Existen varias reediciones.

turísticamente tan rico y sustancial como el "Grand Tour" del XVIII, bien es verdad que constriñendo no poco el alcance de su tarea al limitarla a perspectivas inglesas.

Autoeliminados los historiadores por omisión propia, los criterios predominantes sobre la cuestión, huérfanos de sistemática trabazón que históricamente los potencia, flotan escindidos en dos tomas de postura, diametralmente contrapuestas y de momento difícilmente conciliables. Por un lado la tendente a situar la génesis del turismo "perdida en la noche de los tiempos", como diría un contemporáneo de Víctor Hugo o Espronceda, y en el polo opuesto la que se inclina a fijar los inicios efectivos del fenómeno por algún lugar del XIX, no mucho más allá del momento de implantarse en los vocabularios el neologismo que lo denomina, y en concomitancia con las primeras promociones de ferrocarriles en rodaje por el continente europeo.

CONATOS HISTORICISTAS

Comencemos por la tendencia más tradicionalista y menos iconoclasta de las dos. A la espera de la aparición de tratados serios y sustantivos, no carecen de útil valor indicativo los opusculitos o pequeños ensayos que valientemente y entrando por derecho se han encaramado con el tema con intención de abarcarlo en toda su extensión temporal. Significativo, por demás, que todos ellos atribuyan al turismo orígenes ancestrales, nada sorprendente noción ya que entre literatos, periodistas, artistas y gentes, sin osar decir que exentas de deformación profesional, al menos, no comprometidas con especialización turística alguna, es norma casi inveterada atribuirle como por intuición matusalénica longevidad al turístico quehacer.

Sirve de adecuado exponente de tan generoso criterio el emitido por un exquisito escritor alicantino el mismo año en que se creó el Patronato Nacional del Turismo. Meditando en una playa de su tierra, entonces desierta, a la sombra del Peñón de Ifach, al dar el autor gracias a Dios por no haber llegado aún hasta allí el turismo, alude a lo inevitable con cierto deje de tristeza al agregar: "Yo bien sé que todo en este mundo, hasta lo que parece advenedizo, lo más recién-

te, hunde su raíz en edades muy viejas, También el turismo, los griegos fueron turistas de Etruria, de Asiria, de Roma..." (23).

Bien dicho si no fuera por los riesgos inherentes al remontarse demasiado hacia el pasado por rutas helénicas. Prudente, por ello, rebajar el punto de mira cronológico abteniéndose de participar en ciertas efusiones retóricas que se notan en el campo de la literatura turística, empeñadas en prender el origen del turismo en las nebulosas mitologías que informan obras eminentes de la literatura clásica. Como Ulises ante el canto de las sirenas, sensato no desviar el rumbo de la andadura y pasar de largo desoyendo la tentación de involucrar en la faena viajes como el del propio protagonista de la "Odisea", o expediciones como las de Jasón a la búsqueda del vellocino de oro, aunque para exhibir sus conocimientos geográficos, Apolonio de Rodas, en su "Argonáutica", haga regresar al héroe por una ruta turística de gran vitola ulterior, introduciéndole del mar Negro o Euxino aguas del Danubio arriba, para atravesar Suiza y descender por el Ródano hasta la riviéra italiana del mar Ligur.

Ahora bien; incluso haciendo caso omiso de la mítica naturaleza de ambos viajes, que ya es omitir, y con el respeto debido al puesto privilegiado que las obras que narran estos viajes ocupan en la historia de la literatura, que no es más que respetar lo que respeto exige, debiera ser evidente que estos insignes viajes carecen de lugar alguno en una historia del turismo. Por la misma razón que tampoco hay sitio para el Eneas viajero del Canto III de la "Eneida", pese a seguir en su periplo el presunto fundador de Roma un itinerario menos accidentado y mucho más racional que el de su modelo Ulises, pues para algo se lo diseñó Virgilio, que como tantos romanos de reputa, se documentó sobre el terreno regalándose con un tour informativo por Grecia. De todas formas, por tratarse de desplazamientos totalmente involuntarios, las obras que los inmortalizan les hacen comparecer a estos viajeros en la más antitúristica postura que imaginar cabe. Esto es; viajando muy a su pesar y en condiciones deplorables.

Es cuestión en la que no caben dudas ni conjeturas. Bien claro deja sentado Homero que una vez rematada la guerra de Troya, las apetencias viajeras de Ulises, como las de un operario que lejos de

(23) Gabriel Miró: "Años y Leguas" (1928).

su residencia culmina una pesada labor, se redujeron a retornar cuanto antes a su hogar en la isla de Itaca y reintegrarse a los fieles brazos de su esposa Penélope; por entrometerse en la satisfacción de su deseo el beneplácito de unos dioses en feroz contienda contra la oposición de otros (y hecho caso omiso de los siete años que se tiró Ulises en una isla con su Calipso) no sin razón suele calificarse de "odisea" a todo viaje turístico que sale catastrófico.

Sucede tres cuartos de lo mismo en lo que respecta a Jasón. Una fábula bastante difusa en muchos extremos, deja, en cambio, nítidamente establecido que una vez cumplido el objetivo de su expedición, y con su Medea y su áureo borreguillo a bordo del "Argos", lo único que interesaba al héroe era volver por el camino más corto al punto de partida, sin el menor interés personal en recorrer el itinerario que le hace seguir la fábula. Motivos de sobra, pues, para que Ulises, Jasón y Eneas, a lo sumo, y si acaso, queden convertidos en perfectas encarnaciones de la contrafigura del turista, inhabilitados a perpetuidad para figurar en cualquier evocación histórica del turismo, por intensa que sea la vocación literaria de quien la redacte.

Descendiendo de los nubelosos dominios del mito y la fábula los escalones precisos para aterrizar en los de los orígenes de la historia propiamente dicha y escrita, tampoco tiene, por desgracia, nada de inusitado que las posibilidades de una Historia del Turismo se comprometan sin necesidad en el punto de arranque por iniciar la crónica de sucesos lejanos de por sí echando mano de la venerable figura de Herodoto (480-421 a.d.J.C.) nada menos que en función de representante de la primera generación turística. Mal hecho. Excesiva adscripción, posiblemente tan desmesurada como la de Cicerón, al apellidar "padre de la historia" al autor de una *sui generis* en extremo, y que sería responsable del fulminante suspenso del alumno que la utilizara hoy *verbatim* para contestar a las preguntas de un examen sobre Historia Antigua.

Hay que partir de la premisa de que la práctica del viaje por imperativos profesionales ni a Herodoto ni a nadie transforma *per se* en turista. De poco vale que exprimiendo con tesón y a tiro fijo algunas pasajes de su *historiai* se dejen destilar alguna debilísima e individualísima huella de turismo ajeno (el viaje de Solón a Egipto, por ejemplo) y por lo que el historiador cuenta como visto pueda inferirse incluso que por lo menos en algunas renombradas zonas a orillas

del Nilo, que Herodoto recorrió, funcionaron algunos rudimentarios dispositivos receptores de cara a un turismo todavía más rudimentario. Hasta podría preguntarse que de no ser turística ¿qué otra razón de ser admite la función de los no siempre objetivos *exegetai* faraónicos, unos guías-intérpretes duchos en heleno según parece, que, como frecuentemente sucede, tantas cosas, unas veraces, no tanto otras, le explicaron al andariego y crédulo historiador?

Capciosa pregunta referida con toda probabilidad a respuestas de sacerdotes y funcionarios faraónicos amables con el forastero curioso y preguntón, pero por su imprecisión incapaces de relacionarlas con una actividad aún más que problemática. Por esporádicas e inconexas, noticias insuficientes para que si se prescinde de mitologías y similares permitan hablar hoy con propiedad mínima de turismo griego emisor en la antigüedad, ni por Egipto ni en las traídas y llevadas Olimpíadas que las tuvieron más cerca, acontecimientos político-religiosos tanto como deportivos, que tuvieron lugar en tres o cuatro sitios durante quince días cada cuatro años. Pocos sitios, pocos días, separados por demasiados años de intervalo para aprobar un examen de ingreso dentro del concepto de turismo, por laxo y tolerante que sea. Ahora bien, un suspenso que en absoluto significa llevar las cosas hasta el punto de suscribir la tendencia, en cierto modo contrapuesta, empeñada en cerrar el paso a todo aspirante a domiciliarse en una parcela histórica del turismo que no descienda de un tren con sus estadísticas bajo el brazo.

Mientras llega el momento de fijar en el tiempo los orígenes históricos del turismo es fácil ayude a precisar algunas ideas iniciales sobre la raíz de las más pertinaces recalcitrancias acerca de su verdadera edad, parando mientes en un hecho sintomático relacionado con la primacía de la causa sobre el efecto. Se da el caso de que quienes hasta la fecha se han aproximado al turismo con intenciones de historiarlo, sin serles preciso superar escrúpulos de monta acerca de su historicidad, pertenecen por lo general a países tradicionalmente exportadores de turistas, mientras que la seudogalante tendencia a quitarle años de encima, por no decir siglos, acortando su vida de rechazo, prevalece en investigaciones marginales a su historia, practicadas en países que desde hace más o menos tiempo, más cuentan que menos en la esfera receptora.

LOS TURISMOLOGOS DICTAMINAN

Débase o no a que economistas fueron los primeros que —y desde no hace tanto— se pusieron a estudiar científicamente al turismo, midiéndole con el impresionante instrumental matemático de la disciplina, es evidente que por defecto u omisión de los historia-dores son ellos quienes de momento llevan la voz cantante respecto a materia que no es la suya propia. Al adoptar posturas dogmáticas y negativas en extremo acerca de su historicidad, adjudican al fenómeno juventud excesiva, tanta a veces que lo sitúan "a priori" fuera del alcance de la Historia, que como ciencia, sabido es que opera con efectos retroactivos y técnicas de retrovisión.

De aquí lo desolado del angosto panorama histórico que se divisa al contemplar el pasado del turismo desde el observatorio montado por los actuales especialistas. Se reduce a un primer plano des-humanizado y sin relieve, decorado por profusión de guarismos estadísticos, disposiciones administrativas y siglas de organismos turísticos, cuadro que pretende inaugurar la historia de la especialidad, desde la plataforma de unos trenes a cuyo bordo llegaron para ocupar tan destacada posición.

Para debida información lectora, y en función de audiencia a parte ausente, no vacilaré en arrojar unas cuantas piedras ajenas sobre mi frágil tejado expositivo presentando a guisa de selectivo muestreo algunos autorizados puntos de vista representativos del consenso, abiertamente anti-histórico, prevalente en los estudios del ramo, emparentados todos ellos por el común denominador de provenir de teóricos del turismo radicados en países predominantemente receptores de turismo, así como por discrepar con rotundidad absoluta con la tesis fundamental aquí mantenida.

* * *

Comencemos con M. Rozolis, un moderno compatriota de Heródoto y Pausanias, incuestionable experto en turismo griego de nuestros días. Leyéndole un esclarecedor ensayo acerca de aspecto del tema tan crucial como el estadístico, descorazona no poco verlo iniciar con las palabras siguientes: "Hasta la segunda Guerra Mun-

dial, Grecia no ha conocido turistas, sino fanáticos ("férus") de la antigüedad, profesores y estudiantes" (24).

Abstengámonos de entrar ahora a dilucidar la incompatibilidad que pudo haber entre ser profesor y estudiante, y turista al mismo tiempo. Queda en pie el aserto duro en verdad que deja a Grecia prácticamente desnuda de admirados visitantes hasta ayer al mediodía como aquel que dice, aseveración derrotista a todas luces pero salvable en parte, de traducírsela en el sentido de que hasta después de la segunda Guerra Mundial en Grecia no se tomó en serio la estadística turística.

De no ser así, serias dificultades de exégesis estadística habrá de vencer el señor Rozolis para vincular a una clientela helena, doméstica y nacional en exclusiva el hecho de que a principios del siglo en que vivimos, Atenas contara con igual número de hoteles de calidad que Madrid, ciudad que casi la triplicaba en población. Es la impresión que se extrae de la séptima edición ¡séptima ya en 1900! del "Murray's Handbook" de Grecia que consulto, al comparar su "Gran Hotel", "Grand Bretagne", más el "Anglaterre", y el "Hotel des Etrangères", todos "First Class" con los de "la Paz", "de París", "de Roma" y "de Rusia", todos parcos en número de plazas, que en la misma categoría, y no sin ciertas reservas, y no precisamente de habitaciones, relaciona en Madrid y en 1901 la segunda edición inglesa del Baedeker de España y Portugal.

Nada fácil tampoco imaginar razón suficiente para repudiar como ciencia-ficción, y a otra cosa mariposa, la parte más práctica y menor arqueológica del texto de la cuarta edición inglesa del Baedeker de Grecia (1909) que tengo delante, presumiblemente de gran tirada, como todos los de su estirpe, y de seguro que no destinado a ser consultado en exclusiva por profesores y estudiantes sedentarios. Una guía, que como de costumbre, repite y amplía con teutona precisión lo que en el volumen dedicado al mismo país desde 1875 venía advirtiendo la "Murray's Guide" a los turistas ingleses de visita por Atenas y sus alrededores, aunque en cuanto a excursiones por el interior la guía adoptara más sombríos tonos a causa del bandillaje y otros posibles sinsabores viajeros.

(24) H. N. Rozolis: "La mesure des flux touristiques en Grèce". "Revue de Tourisme" (Berna, julio 1960).

Es de presumir, asimismo y para terminar, el improbable trabajo que le costaría al señor Rozolis para convencerse y convencernos que predominantemente académico fue el pasaje más bien caro de los cruceros turísticos que durante la "belle époque" anclaron asiduamente en el puerto del Pireo, y en otros del archipiélago heleno; no todos ni mucho menos fletados por el famoso "Hellenic Traveller's Club" de Londres, que no se trató de un círculo erudito, sino de un activo negocio que sus razones tendría para montarlo una importante Agencia de Viajes inglesa.

* * *

En el antihistórico concierto mucho más estridente por su radicalismo y tocarnos de más cerca suena la opinión emitida en 1973 por un distinguido teórico español de la especialidad, también instalado en el sector oficial, que tajantemente y con envidiable precisión cronológica resuelve con aplomo admirable un problema crucial en toda Historia del Turismo con las palabras siguientes: "El turismo es un fenómeno tan reciente que podemos decir que apenas cuenta con veinte años de antigüedad."

Son cosas que aunque se pueda no deben decirse. Y no sólo para guardar el debido respeto a la Historia sino para evitar el sobresalto que ha de producir fechar el natalicio de la cosa tantos años después de la confección del término que universalmente la identifica.

Descartada por insostenible la eventualidad de que organismos oficiales generen *per se* y *ex nihilo* turismo de ninguna clase, dudoso pase sin inspirar sospechas la notabilísima coincidencia de datar la partida de nacimiento del turismo en el mundo con la del Ministerio de Información y Turismo español, acontecimiento, en el supuesto de que lo sea, acaecido efectiva y justamente veinte años por delante de la emisión del sorprendente criterio transcrito. Un criterio, que de un golpe y sin la menor explicación posee la virtud de relegar al limbo de la inoperancia absoluta los esfuerzos en la esfera promotora y receptora desarrollados por el "Patronato Nacional del Turismo", fundado en 1928, así como los de su equivalente francés, instaurado en 1910, y para cerrar una relación propensa a desbocarse, hasta los del "Intourist" soviético, creado en 1920.

Ni quisiera a guisa de hipótesis puede aceptarse la noción de que "de facto" y en serio el turismo aparece sobre la faz de la tierra tan a remolque de que tantos Estados creen organismos con la expresa finalidad de incrementarlo y regularlo. Podría la fecha propuesta encerrar un férvido elogio a la capacidad para adelantarse a los fenómenos económicos demostrada por los Estados sino fuera porque la práctica demuestra precisamente lo contrario. El encomio queda anulado al contrastarlo con la tendencia seguida por la acción estatal a englobar dentro de su órbita, y un tanto a toro pasado, actividades que a veces tardaron siglos en merecer semejante deferencia.

Vistos a esta luz los veinte años de vida del turismo dan la impresión de involucrar con exceso la normal relación entre causa y efecto, incluso en el plano teórico. Habida cuenta del largo tiempo transcurrido desde que se teoriza sobre el turismo, anteponer cronológicamente la teoría al hecho social, es diligencia que suscita a compararla con algo así como instalar el carruaje por delante del caballo o subordinar el nacimiento de los ríos a la construcción de embalses.

* * *

Aunque más razonada y matizada que la anterior, por parecidos derroteros se disuelve, al final, el juicio que sobre la historicidad del turismo emite el doctor Walter Hunziker, reconocida autoridad en vitales aspectos numéricos de la materia. Lástima que al encararse en 1965 de modo frontal con la Historia del Turismo como problema el economista suizo optara por expresarse en los términos siguientes:

"Se dice a menudo que históricamente el turismo se divide en dos períodos; el del viaje, que va de la antigüedad a finales del siglo XIX, y el del turismo, que empieza en 1854 con las primeras experiencias de Thomas Cook en Gran Bretaña. Creo preciso imponer a esta imagen un correctivo, y hasta un correctivo esencial" (25).

Prudente observación. Pero de lo que no cabe duda es que antes de pasar a mayores el correctivo esencial que reclama el esquema abocetado por el doctor Hunziker es desmontarle la contraposición

(25) "Rapport" al "Bureau International du Tourisme Social". Roma. ("Revue de l'Académie International du Tourisme", Monte Carlo, 1965.)

que establece entre los conceptos de viaje y turismo. Se trata de dos aspectos de una misma actividad, que lejos de oponerse o sucederse, han coexistido pacíficamente en todo tiempo y lugar en que el turismo se practicó, sin plantear más problema que la dificultad que entraña deslindar la especie del género, más difícil, a veces, que distinguir entre un cantón y una confederación pues a menudo viaje y turismo se funden y yuxtaponen ante la vista del observador. Lo malo del corrector propuesto por el doctor Hunziker es que no corrige absolutamente nada al resolver:

“Propongo no dos, sino tres épocas. Antes de 1854 es la prehistoria; los viajes motivados por necesidades esenciales, como son el comercio, las espirituales y los cuidados de la salud.”

Desalojada por la vía rápida extramuros de históricos confines toda manifestación turística registrada antes de fecha, históricamente hablando, tan próxima como la de 1854, angosto espacio, en verdad, se reserva el distinguido economista para delimitar por medio de conceptos rigurosamente históricos los períodos segundo y tercero. Hélos aquí:

“A partir de 1854, viene la Edad Media, que da nacimiento al turismo de placer (“d’agrément”) al generalizarse la idea de Cook. Y, por último, el turismo moderno, nacido en 1936 al precio de una verdadera revolución pacífica.”

Una periodización tripartita, en tres únicas fechas, una “prehistórica” hasta 1854, otra “medieval” hasta 1936, y una más, la moderna, hasta nuestros días, resulta demasiado rudimentaria y asimétrica para no sucumbir al contrastarla con una crítica objetiva, por sumaria y benevolente que sea.

Ya de entrada, y como fecha liminar, anodina por demás la de 1854. Entre otras razones, porque nada significa en la historia del turismo ni en la particular, no poco mitificada, de la Agencia Cook. Una Agencia —dicho sea entre paréntesis— que esperó hasta 1865 para decidirse a salir del cascarón de la modesta localidad provinciana de Leicester, y establecer una sucursal en Londres, para siempre con base al tren y de cara a un público más general y cosmopolita, especializarse en lo que favor de su clientela particular hacía

tiempo venían haciendo las navieras inglesas más importantes y muchos bancos de la "City" con corresponsalías en el extranjero.

Aunque nunca en demasía, más sentido tendría proponer la de 1856 con discutibles aspiraciones a fecha clave. Por lo menos señala la partida desde Gran Bretaña del primer "grand circular tour on the continent" de la Cook, rigurosamente *circular*, como debe ser todo *tour* que se respete, pero no tan *grand* en la realidad porque ni siquiera se aproximó a la frontera helvética. Levemente más adecuada apurando la cosa la de 1863, que marca la extremadamente tardía llegada a Suiza del primer contingente de la "Cook's", cinco intrépidas señoritas y siete "gentlemen", sin especial esfuerzo promocional, ya que no en vano y por el egoísta disgusto con que años antes venían registrando la afluencia turística los viajeros románticos (Dumas, V. Hugo, Dickens, Nerval, Fenimore Cooper y tantos más) por aquellas viejas calendas el país natal del doctor Hunziker llevaba tiempo sirviendo de trilladísima meta de destino para el turismo internacional.

Más forzoso si cabe recusar, desde perspectivas históricas, el archisocorrido año de 1936 como terminal de la Edad Media del doctor Hunziker e inicio del turismo moderno. Por mucho que repitiéndose unos a otros haya tratadistas que otorguen tamaña distinción al año en cuestión, cuya singularidad turística únicamente estriba en fechar el momento en que el gobierno del Frente Popular francés instituyó los "congés payés" para los obreros franceses (26).

Ahora bien; tan relevantes connotaciones históricas al margen del turismo, concurren en la fecha propuesta que su uso en conexión con el turismo exige unas cuantas precisiones. En primer lugar, cae de su propio peso que para que el decreto revistiera la enorme trascendencia turística que hoy le atribuye un segmento de la turismología, sería preciso demostrar que su promulgación precipitó al proletariado galo a invertir parte del montante de la conquista social, y del tiempo disponible, en viajes turísticos con destinos distantes al de la residencia habitual, y mejor aún si aquella presunta ola viajera traspuso el cinturón doméstico de sus fronteras nacionales. Pero no

(26) Ley del 20 de junio de 1936 que con carácter general y obligatorio estableció para los trabajadores vacaciones anuales de una duración mínima de quince días. Avance importante para el trabajador francés, pero que en la práctica, y que yo recuerde, hacía tiempo venía disfrutando la mayor parte del censo laboral belga, alemán e inglés.

pudo haber tal a causa de las adversas circunstancias prevalentes en el momento en que se promulgó un decreto, para decirlo todo, por motivos no del todo ajenos a mitigar el paro obrero reinante. Por contra, todo incita a suponer que las repercusiones paraturísticas de aquella mejora en el campo del viaje, se limitaron por bastante tiempo a producir lo que despectivamente aluden algunos como turismo de merendola y alpargata.

Ni por asomo las reservas consignadas tratan de negar el innegable "shock" que en el turismo internacional generó la difusión de las vacaciones pagadas, cuyo impacto se plasmó en un turismo veraniego y masivo, de aguda estacionalidad, que convergió sincrónicamente sobre playas y montañas. Pero como el hecho sucedió mucho más tarde, exige revisar el calendario envejeciendo a aquellas vacaciones con los años que se tomaron para ser capaces de producir la conmoción turística que se les atribuye. Con arreglo a este corrector habría que acercar la fecha al momento en que las vacaciones pagadas se pagaron en suficiente cuantía numeraria para que sus beneficiarios pudieran comprarse sus automóviles o los billetes "tout compris" en aviones "chartered"; acontecimientos transcendentales sin lugar a dudas, pero acaecidos en tiempos considerablemente más próximos a los nuestros que el año 1936.

Pero aún hay más y por otra parte, La inepticia del año seleccionado para marcar época en los anales del turismo, se acrecienta hasta lo indecible por figurar en los históricos como uno nefasto en extremo desde cualquier ángulo que se le considere. Transcurrió enmarcado por una crisis económica universal que enconó irreconciliables fuerzas ideológicas que tres años más tarde chocarían en una Guerra Mundial, integrante del más desastroso cataclismo histórico que hasta ahora el mundo ha conocido; circunstancia que por su transcendencia universal exime de la necesidad de recordar el rabioso signo antiturístico que tanto para los españoles como para sus visitantes potenciales revistió el para el doctor Hunziker *annus mirabilis* de 1936 (27).

(27) Inequivoco síntoma de mejoría trasluce que en un tratado general sobre el turismo, no hace mucho publicado, el Dr. Hunziker dé la sensación de trasladarse al otro lado de una barricada por él mismo erigida al iniciar el epígrafe "De l'histoire" con la declaración siguiente: "Presque toutes les formes du tourisme moderne, même les voyages de plaisance organisés en Egypte, étaient déjà connus de l'ancienne Rome". (Pr. Dr. Walter Hunziker. "Le Tourisme. Berna, 1972.)

En consecuencia, parece bastante clara la conclusión que forzosamente ha de desprenderse de lo hasta ahora aducido. Se cifra en lo inadmisibles de que a episodios irremediamente anecdóticos por naturaleza, como los primeros "tours" organizados en un país por una Agencia, por madrugadora que fuera, o una disposición legal francesa, por mucho que se demorara, se les unja de toda la categoría histórica precisa para jalonar en la del turismo función tan decisiva como es el relegar a prehistoria o medievalismo puro lo mucho que previamente y satisfactoriamente documentado acaeció en el mundo turístico.

* * *

Claro quede no fue con ánimo de someter a fácil crítica negativa la razón de exhibir las tomas de posición documentadas, tan respetables como los comentarios que incitan. Se presentaron en función exponencial de los criterios prevalentes en el núcleo más académico y tecnificado del ramo. Explicables, hasta cierto punto, en expertos que dedicados al estudio de importantes aspectos del fenómeno trascienden su respectiva especialidad para invadir, tal vez un tanto autoritariamente, otro campo, por desgracia en barbecho, pero cuyo adecuado cultivo tampoco deja de exigir plena dedicación. En última instancia, criterios inválidos, por lo menos hasta la llegada del día en que se acepte la amputación como cura adecuada de la amnesia. Mientras tanto procede reputar como precipitación suma, despojar o mermar de modo perentorio de sustancia histórica al sujeto central de sus estudios.

No creo que ni la estadística ni su hija la econometría sean fines en sí mismas, ni capacitadas para trascender la esfera de sus dominios sin el auxilio de otras disciplinas. Lo prueban las grandes posibilidades que fuera del coto cerrado de los iniciados acechan a la manipulación pública de estadísticas referidas a dilatados lapsos temporales de caer en lo ininteligible, si a quienes en última instancia van dirigidas no se les facilitan las coordenadas históricas indispensables para, a su vez, interpretarlas como es debido.

Manifiéstase la eventualidad apuntada con sólo meditar en lo imposible de que a golpe exclusivo de guarismo y curvas de nivel pueda discernirse la causa de que hasta 1951 fuera España incapaz de alcanzar las cifras de visitantes extranjeros obtenidas en 1930, y algunos

años más para producir las mismas toneladas de acero que en el año de referencia, dos cifras más estrechamente relacionadas entre sí de lo que a primera vista pudiera pensarse. Las mismas razones intervienen para impedir que hasta 1951 no pudiera Italia igualar los 5.000.000 "visitanti stranieri" de 1937. Justamente revelar los nexos, mayormente políticos, que vinculan estos altibajos numéricos (nunca causas sino su reflejo) a causas extramatemáticas y extraeconómicas, implica replantear la cuestión, y bien de lleno, sobre históricos presupuestos.

Iguales reparos caben formular a las gráficas estadísticas con las que el señor Rozolis ilustra su nada más que hasta cierto punto esclarecedor trabajo sobre el metabolismo numérico del turismo griego. Lo único claro que *prima facie* de ellas se colige, siempre de acuerdo con sus diagramas, es que las cifras de visitantes obtenidas por Grecia en 1937 (hubo luego si mal no recuerdo una guerra mundial, otra civil y un Marshall Plan de por medio) no logró superarlas hasta 1955.

Consideración que recuerda la necesidad de dotar a estos baches de una explicación histórica que los rellene con un significado que las matemáticas carecen de números capaces por sí mismos de suministrar.

PROYECCION SOCIO - HISTORICA DEL TURISMO

La densa sobrecarga sociológica que informa al turismo, impone a quien lo estudie desde puntos de vista históricos la obligación de equidistanciarse tanto de la asepsia de las cifras como de los altisonantes enfoques de la historia tradicional, en la que predominó la individualidad de los agentes históricos, identificados con nombres y apellidos o con los numerales romanos de los dinastas, por mucho que estos viajaran. Es un procedimiento que es menester rehuir, aunque en la retirada sea preciso arrancarles algunos de sus flamantes galones y entorchados a Marco Polo, Stendhal y Thomas Cook.

Hace tiempo que el puesto dejado vacante por aquella historia lo ocupa la socialmente explicativa, y siguiendo quizá rutas inauguradas por Burckhardt, tan atento a los latidos del viaje, de su seno han emergido historiadores de la talla de Spengler, Toynbee, Huizin-

ga, Will Durant, Bloch y Brehier, que erigieron en sujeto central de su concepto personal de la historia uno eminentemente impersonal; las vicisitudes de la especie humana dentro del marco de las diversas civilizaciones en las que a cada sociedad le tocó vivir.

Considerando el turismo en su valor histórico como una capítulo interno de la civilización occidental aún por escribir, un enclave en forma de interrogante injerto en la entraña de la historia de las costumbres, tiene a su favor comparecer perfectamente en línea con los objetivos primordialmente sociológicos perseguidos por la moderna historiografía. Entendido como fuente de nuevos datos sobre el mundo y sus gentes emulsionados en el viaje inconspicuo, curioso, reiterativo y personal, propicios en alto grado le son los vientos históricos prevalentes, máxime cuando entre historiadores de nota predomina un concepto pluralista y polifacético de la Historia, admirablemente resumido por uno de sus más distinguidos cultivadores:

"Il n'y a pas une histoire, mais des histoires, une somme de curiosités, de points de vue, de possibilités, somme á laquelle demain d'autres curiosités, d'autres points de vue, d'autres possibilités s'ajouteront encore" (28).

En efecto. Y ¿por qué no hacer aquí del mañana hoy? Hoy que el carácter multidimensional de la Historia la compromete a abarcar la vida social del pasado en la totalidad de sus aspectos. Desafiante y sugestivo por demás el reto que esta nueva y amplia manera de entender la Historia formula a los futuros historiadores del turismo. ¿Puede serlo más que el de reconstruir *sicut tabula rasa* toda una gran fachada del magno edificio del ayer?

Invitan a la tarea la cantidad de "ismos" que cabrillean por la Historia de la Cultura tras recibir bautismo muy "a posteriori" de divagar por el mundo de las ideas. Escribiendo, en 1951, Henri Berr sobre "el urbanismo en la antigüedad, define a la Historia como un espejo retrovisor que permite ver lo que en su progreso dejó detrás sin percibir. Por lo menos es como le interpreto la frase en la que atribuye al fluir de la vida la dilatación del campo visual de la Historia:

Fernand Braudel: "Histoire et Sociologie", en "Traité de Sociologie". (París, 1958-60.)

“La vie que continue, la vie qui apporte de besoins nouveaux, des préoccupations neuves, fait apparaître rétrospectivement des faits dont l'intérêt, l'importance même, avaient échappé jusque-là des préoccupations plus ou moins analogues à quelques unes des nôtres; bref, des aspects modernes du temps passé.”

Extremadamente atrayente la perspectiva de historiar al turismo como al urbanismo; entendido al modo de Berr, como un aspecto moderno del pasado. Propuesta que presenta la ventaja de servir en forma de puente de plata la atenuante de no habersele historiado hasta la fecha.

* * *

De momento aquí concluyen una serie de consideraciones discursivas en torno a una ausencia. Queda encomendado a lo hasta ahora expuesto la misión de justificar de que en lugar de adoptar una actitud positiva, para deleitarnos con el diseño de la dinámica y apasionante sustancia que informaría cualquier Historia del Turismo, no haya habido otra opción que lamentar su inexistencia, ya que a esta Historia nonata, y quizá en castigo de su tardanza en llegar, quienes pueden le han impuesto la dura penitencia de negarle el derecho a nacer, de no justificar previamente y por sí misma su derecho a existir.

Confiamos que en fecha próxima, y en este mismo lugar, puedan ser esbozados los presupuestos teóricos sobre los que hoy en día, virtualmente *ex nihilo* y contra la corriente, podría abordarse la empresa de elaborar una “Historia del Turismo” prototípica. Pero en serio y con todas sus consecuencias. Quiere decirse, con rango de disciplina autónoma, dotada de su filosofía, su fisonomía y su problemática particulares. Apta, por lo tanto, para acoplarse armónicamente, y de poder a poder, con sus compañeras en el mosaico variopinto de históricos saberes.

RESUME

LOUIS LAVAU: *Vers une Histoire du Tourisme.*

«Vers une Histoire du Tourisme» commence avec la question suivante: Pourquoi est-ce que depuis longtemps tout aspect de la vie sociale a son explication historique, sous forme d'un livre, tandis qu'une activité humaine aussi ancienne et ample comme le tourisme n'a pas encore mérité la même traitement? L'auteur passe en revue les nombreuses sources littéraires disponibles pour réaliser ce travail et décrit ensuite les positions prélevantes vis à vis de l'Histoire du Tourisme comme possibilité. Celle des écrivains, journalistes et les gens en général, qui semblent situer vaguement les origines du tourisme dans les temps anciens, ce qui est en contradiction avec ce que maintiennent les experts touristiques qui tendent à le considérer comme une jeune activité. L'opinion de l'auteur se situe entre les deux extrêmes et il promet présenter dans un prochain numéro de cette publication ses points de vue personnels sur les méthodes et techniques convenables pour l'élaboration graduelle d'une Histoire du Tourisme.

SUMMARY

LUIS LAVAU: *Towards a History of Tourism.*

«Towards a History of Tourism» starts with the following question mark. How is it that since long time ago every aspect of social life disposes of its historical explanation, in book form, whereas such a vast an ancient human endeavour as tourism has not yet deserved a similar treatment? The author reviews the numerous literary sources available and describes the positions taken versus a History of Tourism, as a possibility, in two opposite stand-points. The one of the men of letters, journalist, and people at large, who seem to placed vaguely the origins of tourism somewhere in very ancient times, notion that clashes head on with the one maintained by the experts on tourism, who tend to consider it as a very recent activity. The author's opinion lies between both extremes, and announces his intention to display his personal views about methods and techniques to elaborate such a History, in a future issue of this publication.

ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAU: *Auf dem Weg zu einer Geschichte des Fremdenverkehrs.*

«Hacia una Historia del Turismo» beginnt mit folgender Frage: Worauf ist zurückzuführen, dass seit langem alle Aspekte des Gesellschaftslebens in Buchform ihre historische Erklärung finden, während eine menschliche Tätigkeit wie der Fremdenverkehr, der eine so alte und weitreichende Geschichte aufweist, eine ähnliche Behandlung nicht verdient hat? Der Autor bezieht sich auf die zahlreich vorhandene literarischen Quellen, um sein Projekt durchzuführen und beschreibt danach die

wichtigsten Daten hinsichtlich der Geschichte des Fremdenverkehrs als Möglichkeit. Er bezieht sich auf Literaten, Journalisten und allgemeine Bevölkerung, die in der Vergangenheit den Ursprung des Fremdenverkehrs festgesetzt haben könnten was in krassem Gegensatz zur Theorie der Fremdenverkehrsexperten steht, die hier eine relativ junge Betätigung sehen. Die Meinung des Autors steht zwischen beiden Extremen. In einer unserer nächsten Nummern bringt er seine persönlichen Gesichtspunkte hinsichtlich der am besten geeigneten Methoden und Techniken für die stufenweise Auswertung einer Geschichte des Fremdenverkehrs.